

En tono menor. Lectura y diario íntimo
El diario de Soledad Acosta de Samper

Susana Zanetti

Todo diario pone en escena las preguntas de una subjetividad sobre sí misma, sobre cómo alcanzar permanencia en medio de sentimientos contradictorios, inciertos, que las memorias y autobiografías intentan armonizar o, al menos, darles coherencia, valiéndose de la mirada al pasado desde el presente de la escritura.

Estos problemas enfrenta incesantemente el diario íntimo de esta adolescente colombiana, Soledad Acosta de Samper, mientras confía en que la continua lectura de libros y poemas la ayuden a comprender, que hablen por ella, si bien al mismo tiempo es conciente de las dificultades de la demanda: “Yo me estudio, analizo mis ideas y veo que es imposible conocerlas” (4 de julio de 1854, p. 278). La lectura viene entonces en su ayuda, pues el diario se desliza desde las constantes citas de fragmentos de poemas y de otros textos hasta la habitual relectura de lo ya escrito: “He estado hojeando mi diario”, dice el 14 de diciembre de 1853 (p. 106), a poco de haber comenzado su escritura, con el fin de apuntar y analizar diariamente los pensamientos “que se le ocurrieron”, de volcar allí lo escondido, lo secreto, para responder a la pregunta de “¿Cómo conquistarme?”, formulada ya en la primera página, el 14 de septiembre de ese año.

Aunque se sabía de la existencia de este diario por una conferencia de Bernardo Caycedo en 1952, se lo daba por perdido. Parece que no ha sido su único diario, pues en la entrada del 7 de abril de 1854 hace referencia a otro de 1847, de sus años escolares en París, no hallado hasta hoy.

Como respondiendo al reclamo de Monserrat Ordóñez, impulsora de las investigaciones y valoraciones críticas de la obra de Soledad Acosta, una de sus discípulas, Carolina Alzate, halló el diario íntimo en la colección Biblioteca Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo en Yerbabuena (Colombia) y transcribió el manuscrito, editado en un volumen de más de 600 páginas en 2004.¹ Antes de mediados del siglo XIX contaba ya Colombia con el diario de María Martínez de Nisser en 1841, un diario realmente notable, donde relataba su incorporación a la lucha en la revolución de ese año en Antioquia; es decir, se trata de un diario de guerra, un diario externo si consideramos la clasificación de Georges Gusdorf, editado poco después (1843).²

En nuestro caso, estamos ante un diario íntimo no destinado a la publicación. En ella pierde los signos de la privacidad que descansaban en la letra manuscrita, el color y las peculiaridades del papel elegido, las tachaduras y los blancos, junto a las flores secas y los dibujos. Ese diario íntimo, único pues sólo existía el original, dice mucho sobre su autora y sobre el contexto en que lo escribe, si atendemos a algunas de las descripciones hechas por la editora:

“Papeles de varios tamaños y colores, cosidos, sueltos, recortados. Atados por manos cuidadosas con cintas de colores. Papeles manuscritos, con dibujos, escritos de arriba abajo sin dejar casi un espacio. Papeles escasos tal vez en Bogotá, ciudad en donde podía dejar de circular un periódico por ‘falta de papel en la plaza’ según explicaban sus redactores.”³

Su autora, Soledad Acosta de Samper (1833-1913), la más importante escritora del siglo XIX colombiano, marginada sin embargo en las historias literarias del XX, alcanza justa relevancia en las últimas décadas. Su enorme producción en los más diversos géneros (cuentos, novelas, ensayos, biografías, etc.) la convierte en muy destacado ejemplo de profesionalización femenina en el ámbito hispanoamericano, especialmente por su actividad en la prensa. El diario íntimo se extiende a lo largo de veinte meses, en los comienzos de su formación como escritora tanto como de sus preocupaciones políticas y sociales, educativas sobre todo, entre las cuales son importantes las relacionadas con la situación de la mujer colombiana, que se evidencian más tarde en numerosos artículos, en la fundación y dirección de importantes periódicos destinados a un público femenino – *La Mujer* (1878-1881), *La Familia* (1884) o *Lecturas para el Hogar* (1905-1906) – y en la edición de *La mujer en la sociedad moderna* (1895).

El verdadero motor de este diario es el amor, los avatares de su historia: su inicio motiva el inicio del diario y lo cierra la boda. Los cuadernillos del diario se extienden desde el 14 de septiembre de 1853 al 31 de diciembre de 1854. Desde el 1° de enero de 1855 hasta el 4 de mayo de 1855, la víspera de su casamiento y de cumplir los 22 años; lo continúa en un “Album” regalo de Samper – en uno igual él escribe el suyo, acentuando así la intimidad del intercambio amoroso entre ambos.⁴

El romance une a Soledad con José María Samper (1828-1888)⁵, abogado, poeta, historiador y novelista, destacado por su actividad intelectual y política en las filas del liberalismo radical. Lo conoció en agosto de 1853, cuando visitaba a su prima en Guaduas, pero el encuentro se interrumpió enseguida por el regreso de ella a Bogotá, donde vivía con su madre, ya viuda. Las vivencias de separación impregnan el diario, sin que se disipen con el noviazgo al año siguiente, pues apenas comenzado Samper debe partir, a causa de su cargo de secretario de la Cámara de Representantes, y especialmente durante la guerra civil, entre abril y diciembre de 1854, a raíz del golpe de estado del general José María Melo⁶. Vuelven así los temores y las angustias de la joven, las dudas ante la censura y los chismes por la conducta y por las ideas de Samper (su anticlericalismo), a las que se suman las vinculadas con el carácter de su relación con la primera esposa, muerta en 1852.⁷ Los textos acompañan estos conflictos: los celos reviven con la lectura de los poemas que Samper ha dedicado a Elvira, su primera mujer, o con la de *El estudiante de Salamanca* de Espronceda o *Contarini Fleming* (1832) de Benjamin Disraeli⁸, uno de sus autores favoritos.

Soledad Acosta fue una muchacha culta, con un muy buen conocimiento de inglés y francés, como resultado de los años vividos con sus padres entre 1845 y 1850. En Nueva Escocia, con su abuela materna perfeccionó su inglés, continuando luego su educación en un colegio para niñas en París – residencia y centro de las actividades de su padre, un militar destacado de la independencia. Dada la educación recibida, es interesante señalar que la escritura del diario no responde a las motivaciones pensadas para que las

adolescentes lleven su diario íntimo, las “*jeune-filles*” burguesas, y que alentaban religiosos y maestros en el siglo XIX francés, con fines morales y pedagógicos.⁹ La constante introspección, el autoanálisis insistente solo privilegia la guía del sentimiento amoroso.

Las citas en esos idiomas muestran aquí nuevamente el acceso a una mayor variedad de lectura en el XIX hispanoamericano, por lo menos antes de mediados de siglo, cuando comienza una ampliación de la prensa periódica, que vuelve accesible un volumen importante de cuentos y de novelas extranjeros (españoles o traducidos) en la sección de folletines.¹⁰

Identificaciones de una lectora moderna

Como vemos en esta breve introducción, la lectura orienta la comprensión, modeliza los sentimientos y la sensibilidad, a la vez que ayuda a expresarlos. Los avatares de la historia amorosa pesan decididamente en la elección y el comentario de libros:

“Estoy leyendo un cuento o novela que llaman *Pride and Irresolution*. Hay partes en ella que me recuerdan emociones pasadas. Porque todo lo que leo, todos los caracteres de que oigo o leo, siempre, siempre, aun sin pensarlo, los comparo a ...¹¹ No encuentro gusto si no tienen algo que imagino que se parece.” (6 de diciembre de 1853, p. 97).

Pero no solo son estos los atractivos, pues las lecturas aparecen ligadas también a preocupaciones que perfilan más tarde su actividad intelectual, como sucede con la condición femenina, y por ende, con la propia condición, en uno de los momentos en que se conduele de una cotidianidad anodina:

“Nada de particular, ¿qué puede haber digno de escribirse en la monotonía de la vida? ... Nosotros fuimos adonde las Vélez: ¡pobres señoras, siempre una misma rutina, siempre enfermedades ... Y están resignadas y felices tal vez, a su modo; ¡lo que es la costumbre!, si yo tuviera que vivir así, antes de poco moriría de desesperación.” (15 de septiembre de 1853, pp.14/15) Y pocos días más tarde: “Llegaron las Orrantia; ... son muchachas, y la madre es lo mismo, que se le figura que bordar, coser y hacer cosas a mano es el más alto grado de talento ...” (1^a de octubre de 1853, p. 20).

Sin embargo, de todos modos es joven, disfruta de la sociabilidad bogotana: le gusta bailar¹², que la cortejen, ir al teatro, los paseos por la plaza, los atardeceres en el balcón, que pocos meses más tarde quebrarán los tiroteos, la llegada de tropas y los rumores tanto como las noticias inseguras, a menudo falsas¹³, que trae la guerra civil y la ocupación de Bogotá.

Es cierto que inundan el diario las referencias a los libros, que la preservan de conformarse con las fronteras estrechas de esa falta de horizontes que tanto teme, como expresa al leer otra novela de Disraeli, *Henriette Temple*:

“Qué escenas se encuentran en este libro!... Estoy segura de que no se debería dejar leerlo a muchachas de imaginación viva, exaltada, porque aunque no tenga nada de malo, una muchacha creería que todos los hombres son como Fernando Armin y se convencería de que ellas debían

hacer todo lo que hace la heroína! En la vida y como está organizada la sociedad sería imposible. Es solamente en Inglaterra, el país clásico de la libertad de las mujeres, que se ven tales cosas.” (9 de noviembre de 1853, p. 62).

Vuelve al tema varias veces a lo largo del diario, especialmente durante la guerra civil, que limita la acción femenina a bordar cintas o banderas, actividad que, por otra parte, ocupa entonces sus días.

La observación se hace eco de una carencia que la incluye y ante la cual se rebela: “¿Cuándo tendré libertad? Dios mío, qué eterna mortificación. Ni siquiera mi cuarto está al abrigo de que me dejen quieta un momento. Ni un instante estoy sola, ni un momento...” (1 de diciembre del 1853, p. 93; “Puede haber una cosa más deliciosa que el encontrarse solo ...”, 4 de junio de 1854, p. 279). Aspira a leer en la intimidad de su cuarto, lejos y libre de la mirada indiscreta de su madre, con quien se entiende mal. La lectura intensiva constituye el centro de sus ocupaciones. Anota sin cesar su dedicación, lamenta cuando los conflictos le impiden leer.

La escritura insegura que suele definir al diario íntimo, configurada por la incertidumbre de lograr que se fundan los deseos y la realidad, que armonicen sentimientos contradictorios, se expresa aquí modelizada por las sensibilidades que conforma el romanticismo, constantemente presente en los poemas que funcionan como epígrafes, casi siempre al inicio de cada entrada del diario.¹⁴ Otras veces sus lecturas afirman el romántico “encuentro de las almas” en la predilección compartida con Samper de ciertos autores o de ciertas obras, como sucede con *Geneviève* de Lamartine (“Yo no sé por qué recordé ahora a mi poeta favorito ¡Lamartine! *El divino Lamartine* ¡como dice mi bien!”), 21 de junio de 1954, p. 296).

Sin dudas el amor ha transformado su mundo interior, sus ideas y sus gustos; también se ha esfumado la tranquilidad de su vida pasada, como comprueba cuando revisa un cuaderno suyo sobre literatura escrito hacía seis años, o cuando se retrotrae a la infancia, a los años vividos en la casa paterna, aunque es su encuentro con Samper el que domina sus recuerdos y las reflexiones sobre el presente, así como los interrogantes abiertos sobre el futuro inmediato, el temor de que el amor se acabe.

La intimidad que establece con los textos diseñan a una lectora moderna, dando cuenta de una nueva subjetividad, de una nueva percepción de la individualidad femenina, aunque dentro de un entorno ligado también a concepciones tradicionales (el ángel del hogar cuando culmina el diario en la boda), que a menudo pueden interpretarse vinculadas a sus ideas religiosas y, con ciertos cuidados, a su catolicismo pues, aunque piensa en Dios y sus lazos con los hombres, no comenta lecturas de libros piadosos, ni idas a misa o relaciones con sacerdotes, sobre todo si tenemos en cuenta el contexto colombiano.

Muchos epígrafes del diario provienen de escritoras, entre ellas la colombiana Josefa Acevedo de Gómez, Felicia Hemans (cuyo largo poema copia); Catherine Long, cuyo fanatismo anglicano critica, pero reiteradamente repite el estribillo (“Piensa en mí”), de su novela *Sir Roland Ashton*. Subraya el papel de algunas, como Madame de Stäel, en la comprensión de su subjetividad, cuando comenta su libro sobre las pasiones o su novela *Corina* (“¡Corina! ¡Cómo explicar mis sentimientos!, tan tormentosos. Qué entusiasmo corre por mis venas al leer este libro”, 7 de enero de 1854, p. 116). Una comprensión en

que se funden sus conflictos y sus estados de ánimo con identificaciones muy diferentes y tan ligadas al momento como las anotaciones que singularizan los diarios íntimos de adolescentes. Apunto a modo de ejemplo la motivada por la lectura de la novela *Wildfell Hall* de Ana Brontë: “Por qué es que cuanto leo me hace impresión, y temo ser algún día tan desgraciada como las personas que pintan los libros. Es un temor indefinido, confuso, no puedo explicar en qué consiste pero me agobia el espíritu.” (26 de octubre de 1854, p. 419). También son muchos los epígrafes de escritores, especialmente de poetas, entre ellos de Byron o de Heine, de Tirso de Molina o del poeta mexicano Manuel Flores.

Estos datos muestran además que lee mucho en francés y, sobre todo, en inglés, cita constantemente en ambas lenguas. Ya al inicio del diario dice que ha leído *La cabaña del Tío Tom*. Por otra parte, el comentario de que está traduciendo *El avaro* de Molière, no hace más que confirmar, como otras cuantas entradas del diario, acerca de la adquisición de esta competencia profesional que utilizará, al igual que muchas mujeres, si bien generalmente de manera anónima, en su trabajo en la prensa.

Soledad Acosta se ve favorecida además en sus lecturas con el desarrollo de la prensa periódica – consecuencia de la mayor libertad de imprenta – que ha impulsado una ampliación del público lector, cuyos ecos aparecen en el diario a través de las menciones de periódicos y magazines colombianos – varias veces cita la lectura y la copia de poemas en *El Pasatiempo*¹⁵ – o extranjeros – el *Magazín Pintoresco*, revista ilustrada francesa, y *El Correo de Europa*, importante periódico anglofrancés. Las posibilidades que esta libertad genera benefician a las ciudades, sobre todo a la capital, que cuenta con cerca de 30.000 habitantes, en tanto son pocas las que alcanzan los 10.000. Las dificultades de circulación del material impreso se acentúan con el predominio de la población rural, en un territorio con escasa población (2.050.137 en 1846), caracterizado además por la inestabilidad política y el analfabetismo.¹⁶

Llama realmente la atención que no se queje de la falta de libros. Los regalos de Samper no obedecen a carencias o reclamos, y solamente una vez aclara que ha copiado varios poemas del colombiano Abigail Lozano, pues le han prestado *Horas de martirio* por pocos días. Por otra parte, en la entrada del 23 de febrero de 1854, y en una de esas noches cargadas de incertidumbres sobre el futuro, al reprocharse su inquietud sin causa aparente, da cuenta, además, de la existencia de una buena biblioteca en la casa paterna:

“Sentada en la butaque en mi cuarto, leyendo una novela muy divertida e instructiva, delante el estante de libros, mis ojos corrían por encima de todos. Allí tenía todo lo que necesitaba, lo que podía desear. Obras de filosofía, de poesía, mis libros favoritos, bastantes obras de historia. Entre estos últimos se paraban mis miradas sobre *uno* y dando un suspiro olvidaba todo para pensar en *él*...” (p. 140).

Ya hacia el final de la guerra civil, cuando disminuyen las amenazas de bombardeo, mientras ordena su cuarto con la ayuda de una amiga aclara que su biblioteca tiene más de quinientos libros.

La respuesta a los interrogantes sobre sus sentimientos o sobre sus ideas, surge sobre todo con la lectura, sea de relatos de Washinton Irving, de versos de Schiller o de Lamartine (nuevamente anotada al leer el poema “La lune”), o bien cada vez con mayor

frecuencia, de poemas y cuentos de Samper reproducidos en los periódicos o que acaba de editar, que la llevan a apuntar la admiración por su estilo. Cuando lee los *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada* (tal es el nombre del Colombia en ese momento) de Samper se multiplican en el diario las reflexiones de Soledad acerca de la política y la dirigencia política respecto de las ambiciones de poder y la ética.

Lectura y escritura

Los rasgos propios del diario de adolescentes, marcados por la inquietud ante el descubrimiento de sí, cuando la vida aparece como un misterio a descifrar, se suman a los característicos de todo diario. La típica incompreensión de quienes los rodean convierte al diario en confidente, en único amigo: “Cuan diferente es, Dios mío, aquella vida interior, aquella vida del espíritu tan diferente a la que una muestra a todo el mundo. ¡Mi Diario!, tú solo sabes el interior de mi corazón, tú nomás conoces lo que pasa en mi alma ...” (17 de octubre de 1853, p.35). Pero, como sabemos, todo diario, compagina con dificultad las distancias entre lo vivido y lo escrito de modo tal que el acopio de experiencias del día a día dé lugar a una autoconfiguración estable o totalizable:

“Cualquiera que leyese este diario y viera los desvaríos de mi imaginación, que leyera las emociones tan diversas, tan distintas cada día, creería que eran escritos por una loca... Sin embargo no puede haber en lo exterior a lo menos, muchacha más tranquila, más callada, más quieta en la sociedad... Nadie me conoce verdaderamente.” (27 de diciembre de 1853, p. 109).

Su lógica no es el retorno al orden pues, como señala Georges Gusdorf,

“Uno de los encantos del diario íntimo es esa indolencia, esa no dirección garantizada por el orden cronológico, en virtud del cual no importa cuál experiencia puede suceder a no importa cuál otra. El diario autoriza a su autor y expone a su lector un pensamiento en el desorden, lo desmiente y lo vuelve nuevamente posible de un momento para otro”¹⁷.

En nuestro caso, Soledad Acosta insiste constantemente tanto en el registro de las discontinuidades como en la acumulación de la escritura día a día. Escribe casi siempre varias veces al día, pero su momento preferido es la noche, cuando nadie la interrumpe, acompañada a menudo por el murmullo de la lluvia, mientras la mirada se desliza a la contemplación de la calle vacía, del cielo o de la luna (“Ay, yo sí puedo decir quién pudiera cantar para ti. ¡Mi bella Feve será mi primera inspiración!... Qué callada está la calle... Brilla la luna en el cielo, y en el suelo suspira la triste Soledad. Pero, no, no triste, porque siente una calma, una quietud en su alma que solamente la contemplación de la naturaleza puede inspirar.”, 8 de marzo de 1854, p. 151)

También el diario es resguardo contra el olvido – nuestra diarista lo define como “el libro del tiempo” –, incluso de la repetición de episodios insignificantes, anodinos, de cambios de humor, compensados aquí con el recuerdo o las angustias y alegrías de su romance, la contemplación de la naturaleza y la lectura. Ellas son el centro de su intimidad,

vivida en medio de sufrimientos y de “*revêries*”, que alimentan la imaginación y el ensueño (“Oigo palabras en el aire. A mi alrededor cuántas mágicas bellezas.”, 4 de abril de 1854, p. 186), fruto de su lectura, en este caso seguramente de *Les revêries du promeneur solitaire* de Rousseau, en tanto otros textos, románticos sin duda, alimentan sus inquietudes sobre la muerte (“Por qué es que todos los libros que tomo hoy en la primera página solo hablan de muerte y de cementerio.”, 22 de noviembre de 1853, p. 88), acentuadas durante la guerra civil.

Como sucede entre otras muchas veces cuando anota, “Me puse a estudiar filosofía”, para explicarse qué es el panteísmo, ante la carencia de un guía (“No tengo un ser en el mundo a quien pudiera preguntarle lo que debo leer, lo que debo estudiar!”, 29 de octubre de 1854, p. 48)¹⁸, recurre a la introspección y a los libros.

El romanticismo y la ansiedad adolescente alimentan la ilusión de transparencia entre lo vivido y la escritura. Pero esta intención no es la única, porque el diarista busca construir, darse un sentido:

“Si cada ser tuviera un diario o recopilación de sentimientos, al poder leer el resumen de la vida interior de cada persona el primer día del año se comprendería mucho más el corazón humano y tal vez se podría reformar y cumplir mejor aquella *misión* misteriosa que cada alma vino a cumplir sobre la tierra y que llamamos *destino*” (p. 460).

Siempre la escritura de un diario nos muestra que “el conocimiento de sí es una acción sobre sí”¹⁹ que entraña también proyectos más concretos, como vemos el 31 de octubre de 1853 cuando enuncia sus planes de estudio, nacidos de la “necesidad de aprender” provocada por una obra “que es la que me ha hecho la mayor impresión en mi vida” (p. 53). Meses después, el 16 de enero, anota el cumplimiento del programa:

“Estudio ahora por la mañana, leo Historia Antigua, leo la vida de Alejandro por Plutarco. Por la tarde tomo un libro de menos estudio. Por ejemplo, hoy leí la vida de Virgilio. A las cinco o cuatro y media me ocupo con una novela hasta que comienza a oscurecer, que me asomo al balcón. Por la noche he estado estudiando la *Eneida* de Virgilio.” (p. 121)

Acude a *El arte de pensar* de Condillac y *El arte de conocer la verdad* de Balmes, copia ideas de Cicerón así como se vale de concepciones de Platón para alimentar sus ilusiones de unión amorosa.

Muchos otros momentos de estudio se cumplen en plena guerra, como cuando encara investigar sobre el panteísmo, revisa las ideas de Spinoza y la incidencia de ese concepto en Goethe y otros poetas. A renglón seguido escribe:

“... después de que supe de que mi ... estaba a salvo y que ya no tenía cuidado por él, me puse a estudiar Filosofía. Esta es una ciencia que me llama la atención, es la única que distrae el espíritu y que obliga al pensamiento a meditar sobre el infinito y sobre el Creador de tantas maravillas de las cuales estamos rodeados.” (13 de mayo de 1854, p. 249).

A veces las buenas intenciones alientan también lecturas poco apropiadas para el momento, como ocurre cuando toma la vida de Demóstenes en el momento en que acaba de llegar Samper – y para contener la ansiedad –, luego de cinco meses sin verse.

Como vemos, desmintiendo el estereotipo sobre la lectura femenina y sobre las preferencias en el siglo XIX hispanoamericano, Soledad Acosta no lee solo novelas, ni se limita al ámbito francés en sus lecturas. Las orienta una sed de saber, si bien los conflictos íntimos, especialmente el amoroso, o la guerra civil, le impiden leer, como anota repetidamente en el diario, con reproches por su pereza o su desidia:

“Son las ocho de la noche. Qué día el que he pasado. ¿Qué he adelantado? Nada. ¿Cuáles son los pensamientos dignos de inscribirse en las hojas del libro del tiempo? ¿Cuáles los hechos? Ningunos ... ¿Por qué no tomas un libro filosófico y meditas sobre la nada de la vida y la grandeza del alma que está bajo nuestra guardia? ¡Y te dejas llevar por las impresiones pasajeras de una tristeza mórbida sin razón, sin causa! ...” (11 de noviembre de 1853, p. 69).

Y es entonces cuando introduce reflexiones significativas sobre las perturbaciones que circunscriben sus lecturas a las de novelas, presentes en la larga entrada del 27 de diciembre de 1853, ya citada antes: “Aquí en la ciudad no puedo respirar. ¡Denme campo, pero campo de tierra fría!... No puedo fijarme en lectura seria. ... Lo único que deseo es leer novelas, porque nada me interesa en otro libro.” Horas más tarde se reprocha “El día lo he pasado, ¿y qué he aprendido ..., en qué me he ocupado? En nada. Leer novelas, cuentos en que no encuentro interés alguno, escenas con las cuales no puedo simpatizar. Estoy continuamente buscando en todo lo que leo... algo que se parezca a mis sentimientos ...” (109-110)

El diario es también un aprendizaje de escritura atestiguado por muchos otros diaristas. Expresiones como las siguientes evidencian frustrados propósitos literarios: “Son las diez de la mañana. He estado leyendo a pedazos este diario, ¡qué mal hecho!” (24 de octubre de 1853, p. 43), o también, “¿Y esto se puede llamar diario?” (11 de mayo de 1854, p. 241). Los lamentos se atemperan con algunos progresos que va comprobando. Cuando traduce una obra de Mme Delacorde y comenta sus ideas acerca del orden y del necesario control de una imaginación exacerbada como la suya (“mejor es tener poca imaginación pero las ideas arregladas y en su lugar, que una multitud de ideas que nunca vienen cuando se necesitan y están allí cuando no se quieren. Tal es el retrato de mi mente.”), sopesa además sus adelantos en la organización de los pensamientos y en la escritura, sobre todo desde que cuenta con la comprensión y aliento de Samper.²⁰

La monotonía de la vida bogotana señalada tantas veces se rompe con el golpe de estado del general Melo, que comienza con la prisión del presidente José María Obando y los miembros del poder legislativo, el 21 de abril de 1854, hecho que obliga a Samper a huir de la ciudad. La familia pone a resguardo a Soledad en el convento de Santa Inés. En este aislamiento se dedica a la lectura y a sus estudios con dificultad, privilegiando los poemas de Samper en un comienzo hasta que la atrapan las *Memorias* de René de Chateaubriand, por “su estilo poético filosófico mezclado de una melancolía solemne” (21 de junio de 1854, p. 295). A sus miedos porque Samper no se comprometa con la pelea contra la dictadura y luego por su vida cuando ya lo sabe en la lucha, se suman la incertidumbre ante las noticias, la carestía de los alimentos tanto como los saqueos y las contribuciones forzosas, los heridos y los muertos que integran el día a día del diario y de la guerra. Consigna también los procedimientos habituales en las guerras civiles de

incorporación forzada de campesinos, a menudo indígenas, como ocurre el 21 de agosto de 1854: “Las calles estaban desiertas y solo en la puerta del cuartel de la Plaza de Santander lloraba una multitud de mujeres, pobres indias que habían venido al mercado y les habían quitado sus maridos o sus hijos y las bestias que habían traído.” (p. 364). Poco más adelante solo ve en la calle “...una porción de infelices indios que llevaban de vestidos de soldado y cabizbajos ...” (3 de setiembre, p. 380). También relata los combates que ella, como muchos otros vecinos bogotanos, miran a la distancia con catalejos o, ya en el centro de la ciudad, desde los balcones de su casa o desde las de sus amigos. En el mes de abril Soledad comienza a re-escribir algunas entradas del diario, cuya primera versión da al pie la editora. Dedicada al relato de la guerra civil un diario aparte, titulado “Desde el 13 de octubre hasta el fin de la revolución”, y la proclama “Soledad Acosta a las valientes bogotanas.”

“¿A quién se da el diario como legado?”

Apenas cumplidos los veinte años y durante veinte meses asistimos al taller de formación de una escritora, al amparo de la lectura y de la experiencia de escritura del diario íntimo. Elige el género como forma de dos de sus relatos: en “La monja”, se cuenta una historia de evidente matriz autobiográfica sobre la vida en un convento a partir de la lectura que la narradora hace del diario de una jovencita, que se ha refugiado allí a causa de la guerra; el otro, *Dolores*, publicado en *El Mensajero* de Bogotá en 1867, cruza cartas y diarios para narrar la desventura de una muchacha leprosa que se aísla hasta su muerte en la lectura y la escritura. En muchos otros relatos, además de los artículos periodísticos dedicados a la mujer, la lectura femenina, especialmente la lectura de las jovencitas, ingresa con evidentes fines docentes. Pero también el mundo de la lectura, constante marco de su actividad intelectual, es el fundamento de *La mujer en la sociedad moderna*, como lo son las cartas y los diarios íntimos. Entre estos últimos, seguramente el largo comentario de los vínculos entre el diario de los hermanos Guérin, hace entrever el recuerdo en Soledad de la escritura de su diario y del diario de José María Samper, y del que él seguirá escribiendo sobre la vida de ambos luego del matrimonio –“¡Veinte días no más faltan, mi diario, para decirte adiós! Después él escribirá el diario de *nuestra vida!*” (14 de abril de 1855, p. 537).

Comprobamos aquí la verdad de la afirmación de Philippe Lejeune: “Un diarista nunca es el amo de la continuidad de su texto.”²¹ Samper sostiene la escritura del diario y es también su destinatario. Respondemos así a la pregunta planteada en el subtítulo de esta parte, tomada de *Le Journal intime* de Françoise Simont-Tenant, pregunta imprescindible cuando se considera un diario íntimo. Aquí ese destinatario, ignorado al comienzo o, mejor, temido e inconscientemente deseado, se perfila hacia la mitad del diario (“... si él viera algún día este diario en que se retrata toda mi alma. Todos mis íntimos sentimientos ... Esta idea me persigue, porque sé que algún día él querrá leer esto. Aun he pensado quemarlo para que jamás lo vea.”, 14 de setiembre de 1854, p. 393) La figura de Samper le da coherencia a la escritura acumulativa del día a día de

todo diario y a la habitual presencia de la reiteración, suprimiendo además el carácter indeterminado del comienzo y del final de todo diario. El día anterior a su boda marca el final del diario y la promesa del comienzo de uno nuevo que estará a cargo de su marido.

Como en muchísimos otros ejemplos en el nuestro lo secreto pasará a convertirse en diálogo: los avatares de la ausencia, la duda y el deseo se amalgaman con el aprendizaje de la comunicación mutua, acentuado a medida que el diario avanza con el intercambio de los diarios íntimos expresada en la cita del 23 de abril de 1855.²²

Siempre el primer destinatario es el redactor mismo, pero aquí el diálogo amoroso comenzado al amparo de la lectura de poemas y otros textos de Samper dan pie a las alabanzas de su talento y al cumplimiento de la ambición de sus “sueños más dorados”, ser amada por un poeta.²³ Enseguida empieza a dirigirse a Samper de tú, cruzando a veces arrebatadamente la débil frontera que separa la intimidad del diario a la confidencia de la carta, como en este caso, que nos habla además a las claras de la frecuente exaltación de los sentimientos que pareciera, por los versos de Samper transcritos hace casi un año, en la entrada del 2 de abril de 1853, también compartida por él: “Entre llantos y sueños dudando / un horrible martirio es amar.” (p 181) “Mi único consuelo es leer sus cartas”, se confiesa el 29 de noviembre de 1854 (p.436). Durante la guerra civil las espera impaciente y se concentra en ellas y en sus versos, o de autores que Samper le recomienda o le ha regalado.

Este nuevo diálogo se entabla cuando se intensifican las dificultades de ella de dar idea de sí, de atenuar las discordancias entre su aparente frialdad o indiferencia, motivo de reproches de amigos y parientes, pero sobre todo de Samper (“¡No sabes tú cuando hablas de mi diario que el consiste enteramente en pensamientos dedicados a tí ¡Que mi diario es el grito secreto que se eleva e interroga tu espíritu!” , 2 de abril de 1854, p. 181-182)

“Confiar el diario es triunfar de los últimos pudores”, leemos en Gusdorf, al recordar un intercambio mutuo similar entre Clara y Robert Schumann, Tolstoi y su esposa o entre Virginia Woolf y su marido.²⁴ El 24 de marzo de 1854, ya iniciado el noviazgo, expresa Soledad sus reticencias (“Se habló de mi diario y dijo que desearía ver aunque fueran dos líneas ... Yo nunca se lo podría mostrar”, p. 163) para recién bastante más tarde, a fines de ese año, confiarle una página y él una del suyo, inaugurando un concierto de confidencias que veladamente descansaba en los libros (“Cuatro líneas no más porque tengo que irme a acostar y he pasado el tiempo que tengo para escribir en leer el diario de mi Pepe, que me trajo esta tarde.”, 23 de abril de 1854, p. 541)

Al final del diario Soledad Acosta se hace cargo de cualidades patriarcales de la “mujer virtuosa” capaz de constituirse en “el ángel tutelar” de la felicidad doméstica, un modelo que se funde con el nuevo sentido de mujer republicana y patriota surgido con la independencia. En esta concepción, ligada a la importancia dada a la literatura en la formación nacional de los ciudadanos, se basará Samper al prologar la colección en libro de los relatos de su esposa aparecidos en la prensa con el título de *Novelas y cuadros de costumbres de la vida suramericana*: “... y ya que su sexo no le permitía prestar otro género de servicios a esa patria, buscó en la literatura, desde hace más de catorce años, un medio

de cooperación y actividad.”²⁵ La vida en común abrió así al matrimonio proyecciones de de otra índole, vinculadas con la inserción de ambos en la esfera pública, inserción afianzada en sistemas de valores compartidos que fueron suturando los desniveles de capital cultural (Samper era abogado e importante político) con el trabajo compartido en la actividad periodística, un ejemplo positivo de los lazos entre creatividad y vínculo amoroso.²⁶

Notas

¹ *Diario íntimo y otros escritos de Soledad Acosta de Samper*. Edición y notas de Carolina Alzate (Bogotá, Alcaldía de Bogotá, 2004). La edición incorpora antes de la transcripción del diario, unas “Reflexiones” de Guaduas, escritas el 22 de agosto de 1853 (2 textos, el primero en inglés con traducción al español siguiendo cada párrafo, y el segundo una ficción breve, que guarda muchos lazos con la situación que vive en ese momento la autora). Además incluye una sección aparte del diario, “Desde el 13 de octubre hasta el fin de la revolución”, a la cual se agregan unas breves “Memorias íntimas”, escritas en 1875 y centradas en la infancia, la proclama “Soledad Acosta a las valientes bogotanas”, más dos anexos (“El libro de los ensueños de amor: Historia poética del bello ideal de la ventura” por Soledad Acosta y José María Samper, 1855, y el Anexo 2: Poemas de José María Samper, especialmente dedicados a su novia). Carolina Alzate es autora también de la biografía novelada: *Soledad Acosta de Samper. Una historia entre buques y montañas*, Bogotá, Colciencias, 2003. Utilizo muchas de las notas de Carolina Alzate en este trabajo. Puede consultarse también de ella, “El *Diario íntimo* de Soledad Acosta de Samper: configuración de una voz autorial femenina en el siglo XIX” en la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 62, 2º semestre de 2005, pp. 109-123.

² GUSDORF, Georges. *La découverte de soi*, Paris: PUF, 1948, p. 40. Para una información concisa y completa sobre la producción literaria femenina en Colombia en el siglo XIX véase el capítulo de Flor María Rodríguez-Arenas incluido en VV.AA. *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana*, Antioquia, Universidad, 1991. También es útil, Susy Bermúdez. *El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical*, Bogotá, Uniandes, 1993.

³ Ob. cit. Introducción, p. XX.

⁴ Luego de la boda, Soledad Acosta vive en París entre 1858 y 1863, donde su marido tiene un cargo diplomático. Con él comienza su trabajo en el periodismo, continuado durante toda su vida. Luego de un breve exilio en Lima, vuelve a Bogotá, donde publica en la prensa colombiana cuentos y novelas, recopilados en *Novelas y cuadros de la vida suramericana* (1969), *José Antonio Galán. Episodios de la vida de los comuneros* (1870), así como libros de viaje (*Viaje a España*, 1893-1894). La historia y la biografía ocupan las última etapa de su vida. A la primera, *Biografía del general Joaquín París* (1883), siguieron, entre otras, la de su padre, *Biografía del general Joaquín Acosta*, junto a *Lecciones de historia de Colombia* y el *Catecismo de historia patria*, todas de 1901. Además de su actividad como traductora, su producción narrativa consigna 48 relatos breves y 21 novelas, según la minuciosa bibliografía de Gustavo Otero Muñoz, “Doña Soledad Acosta de Samper”, accesible hoy más fácilmente por su reedición en *Soledad Acosta de Samper. Una nueva lectura*. Introducción de Monserrat Ordoñez, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1988.

⁵ En el manuscrito no se apunta su nombre sino que Acosta utiliza un signo similar a una Z. Más tarde, cuando ya se han comprometido, lo llama Pepe.

⁶ José María Samper era Secretario del Congreso y, al producirse la revolución, se fuga con una de las figuras políticas más notables del período, Salvador Camacho Roldán, también liberal radical.

⁷ En la entrada de 25 de abril de 1854, a pocos días de la boda entre ambos, Soledad Acosta escribe: “No quería cumplir con una ceremonia de la Iglesia, mi Pepe, pero yo te lo he exigido porque quiero ser más tuya y tú más mío que aquella que fue tu esposa.” Al respecto comenta en nota Carolina Alzate, la editora del diario: “José María Samper se había casado con su primera esposa en matrimonio civil. Debíó representar mucho para este liberal radical aceptar la exigencia de la autora de casarse en ceremonia religiosa. Es interesante ver que, al menos según escribe ella, las razones que tuvo para hacer esta exigencia no eran de tipo religioso.” (p. 542).

⁸ Subraya en el comentario de la obra “¿Sería *ella* amada con toda la pasión que el héroe de esta historia fue capaz?” (18 de octubre de 1853, p. 38)

⁹ Véase Philippe Lejeune, «Tenir un journal. Histoire d’une enquête (1987-1997)» en *Poétique* n. 111, 1997.

¹⁰ He trabajado este tema en mi libro *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2002. Véase, para Colombia, ACOSTA, Carmen Elisa, *Lectores, lecturas y leídas. Historia de una seducción en el siglo XIX*, Bogotá, ICFES, 1999.

¹¹ Así elige la editora consignar los signos con que Soledad Acosta nombra a Samper.

¹² “Yo bailé tanto que se me desprendieron las grampas.” (30 de octubre de 1853, p. 49).

¹³ Las entradas de 28 y 29 de abril tienen dos versiones, pero, además, en cuadernillo aparte cuenta los sucesos entre el 13 de octubre y el fin de la revolución, reproducido en la edición mencionada cuando finaliza el diario.

¹⁴ La copia de fragmentos de poemas es constante, incluso en otros cuadernos personales. La cita siguiente nos habla también de la circulación de la poesía a través de intercambios manuscritos: “He estado copiando unos versos que me mandó mi tía María, tengo un libro donde copio los que me parecen bonitos.” (26 de setiembre de 1853, p. 20)

¹⁵ Copia poemas de autores colombianos, entre ellos algunos de la hermana de José María, Agripina, y sobre todo de él, especialmente los dedicados a ella.

¹⁶ “La educación formal ... creció a un ritmo muy lento durante el siglo, recibió una proporción muy magra de los recursos oficiales y pudo ofrecerse solo a sectores muy reducidos de la población. En primer lugar, es preciso recordar que las escuelas funcionaron en forma casi exclusiva en los núcleos urbanos; su influencia no podía por lo tanto afectar a la inmensa mayoría de la población. Y en las ciudades y pueblos mismos, la escuela apenas cubría una proporción reducida de la población en edad escolar.” (JARAMILLO URIBE, Jaime, dir. *Manual de historia de Colombia*, 4 ed., Bogotá, Procultura, 1994, vol. 2. La cita corresponde al cap. X, “La evolución económica de Colombia. 1830-1900” de Jorge Orlando Melo, p. 146)

¹⁷ *Lignes de vie 1. Les écritures du moi*, París, Éditions Odile Jacob, 1991, p. 327.

¹⁸ “El pesar había hecho que de una muchacha sin pensamiento, sin ideas, apoyada en mi padre, de repente sintiera que el apoyo se me había ido y que estaba sola. Mi madre estaba ahí, pero ella no me comprende no toma interés en mi instrucción, en mi espíritu. Su amor hacia mí es grande, pero *no me conoce*.” (18 de noviembre de 1853, p. 82/83).

¹⁹ GUSDORF, Georges. *Lignes de vie 1*, citado, p. 335. Las traducciones son siempre mías.

²⁰ “Sin embargo encuentro que he mejorado mucho desde que empecé a escribir lo que pienso. Así no solamente se aprende a escribir con claridad y precisión sino que pensando mucho se encuentran en el fondo de nuestra mente ideas que aunque estaban allí no se sabía que existían porque no había necesidad de que se mostraran antes. Yo no recuerdo adónde he leído que mientras más se escribe más ideas se encuentran ... Sacando mucho de la mente se aumentan las ideas y se mejora el modo de expresarlas. Ahora puedo hablar o escribir ... con mucha más precisión ... y mis pensamientos los puedo vestir de palabras más escogidas”. (27 de marzo de 1854, p.167).

²¹ “Le journal comme autofiction” en *Poétique* n. 149, febrero de 2007.

²² El diario de Samper, aún inédito, se conserva en Yerbabuena, donde está también el original del de Soledad Acosta. Samper publicó sus memorias en 1881, tituladas *Historia de un alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea*, en Bogotá (Impr.de Zalamea hnos.). También dedicó un poema, “Tu diario”, al diario de su novia, reproducido en el Anexo 2 de la edición que utilizamos.

²³ En el anexo 2 se incluyen los versos de Samper mencionados en el diario. Pertenecen a los libros *Flores marchitas* (1849) y *Ecos de los Andes* (1853). Samper le ha enviado también, anota el 27 de abril de 1854, un *album* con poemas y prosas suyas, antes de abandonar Bogotá el 26.

²⁴ *Lignes de vie 1*, citado, p. 398.

²⁵ P. 41 de la edición a cargo de Monserrat Ordóñez citada.

²⁶ Véase CHADWICK, Whitney y COURTIVRON, Isabelle de. *Los otros importantes*, Madrid, Cátedra, 1993.